

Santiago Castillo



CONFLICTO
SOCIAL
Y CLASES
TRABAJADORAS

De cómo un aprendiz de tipógrafo se hizo socialista. Juan José Morato

Santiago Castillo

Prof. Titular de Historia Económica y Social.
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología. UCM.



Biblioteca Virtual
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

La historiografía española no cuenta, por desgracia, con excesivos estudios biográficos del movimiento obrero. Ni tan siquiera de aquellos que fueron figuras relevantes del mismo. No cabe duda que, por muchos méritos, el madrileño J. J. Morato (1864-1938) es una de estas últimas.

Desde temprana edad se adhiere definitivamente al sindicato de tipógrafos (1879) y al partido socialista (1882) donde pronto va a destacar en importantes papeles: administrador del órgano central, *El Socialista*, desde 1889; miembro del Comité Nacional ya en 1894; secretario del mismo hasta 1902; expulsado del P.S.O.E., por razones aún no claras, en 1904; socialista independiente hasta su vuelta al partido un cuarto de siglo después...

Pero aún concurren en él facetas más interesantes: sus diversos viajes por tierras españolas (Puente Genil, Arcos, Jerez, Cádiz, Morón, Sevilla, Barcelona, Gijón, Oviedo, Avilés, Miéres, Langreo, Vigo, Soria, Salamanca...) o extranjeras (París, Amsterdam, Amberes, Gante, Colonia, Bruselas, Lieja, Londres...). Su labor como traductor de obras socialistas (Lafargue, Deville, W. Morris) o literarias (Nodier, Salgari, Buckle, Eça de Queirós, George Sand...). Su actividad como periodista reputado durante cuarenta años en diversos órganos (*El Heraldo de Madrid*, *Hoy*, *Libertad*, etc., etc.) sus publicaciones técnicas sobre la tipografía, su labor de investigación, frecuentemente vivida, de costumbres y tradiciones, de las condiciones de vida y trabajo de la clase obrera —análisis de salarios, precios, sindicatos, huelgas, etc.—, su faceta de historiador de periodos históricos concretos de España (del P.S.O.E., de la U.G.T., del Arte de Imprimir madrileño) sus documentadas biografías sobre personajes relevantes del movimiento obrero (1). En suma, una publicística que supera los varios miles de escritos, libros, folletos, y, sobre todo, artículos más o menos extensos en periódicos y revistas de muy variado género. Labor, por otra parte, compartida, muy a menudo, con el trabajo manual en las imprentas y, a veces, con responsabilidades como la dirección de la revista *El Trabajo* de la Sociedad madrileña de Albañiles.

Amplias son, pues, las razones que hacen de Morato uno de los personajes más singulares del socialismo español.

Todo ello nos inclinó recientemente a retrazar una visión genérica de su biografía militante y publicística (2). Y nos inclina hoy a reproducir aquí un amplio texto del propio Morato en que, con su peculiar estilo periodístico, narra el primer período de su vida hasta su vinculación al socialismo.

Se trata de una serie de artículos en que Morato recoge lo que considera una etapa

crucial de su vida que culmina con la fecha en que tuvo su primer contacto con el socialismo (3).

Acontecimiento que Morato recordará de forma reiterada a lo largo de su vida, aunque nunca de modo tan extenso y motivado como en los artículos que aquí reproducimos.

El texto de Morato nos permite, por tanto, conocer un *hito* clave en su biografía.

Nadie, creo, desconoce la dificultad que entraña seleccionar momentos cruciales en la trayectoria de un personaje sometido a estudio. Puede caerse en la sobreestimación de aspectos relevantes hoy a ojos externos y lejanos, tamizados por las preocupaciones actuales, ajenas, tal vez, el protagonista y tiempo de nuestro estudio. O, por el contrario, seleccionar un cúmulo tal de hechos relevantes que, a la postre, trivialicen el análisis, abocando a la *construcción* de un personaje sometido a avatares constantes.

Ciertamente, las propias afirmaciones de Morato nos eximen de caer en ninguno de ambos extremos centrándonos en una fecha a todas luces clave.

La cronología nos viene marcada: el 3 de mayo de 1879. También el escenario: un minúsculo taller tipográfico de la madrileña empresa del *Tanvía de Estaciones y Mercados*. Los actores: los únicos tres operarios del taller: encargado, oficial y aprendiz de 15 años. El hecho importante será una viva disputa entre encargado y oficial.

«La noche antes habíase constituido secretamente el Partido Socialista Obrero, y al dar la noticia del suceso poniendo en ella algún entusiasmo, el oficial —uno de los fundadores— oyó palabras de burla del encargado.»

No entraremos en el contenido de tal disputa de la que el lector encontrará amplio detalle en el texto de Morato (apartado V). Tampoco lo haremos en considerar las desiguales trayectorias del encargado y oficial, republicanos ambos en el 73 y con evoluciones dispares: el uno, subordinado a la nueva situación triunfante; opuesto activo a la Restauración, el otro.

Centrémonos, por contra, en el tercero que, siquiera como espectador, estuvo en la discordia. Nos referimos al aprendiz, ese rapaz de quince años que, huelga decirlo, no era otro que Juan José Morato.

Nuestro joven había seguido la discusión expectante pero no neutro; su situación de aprendiz «doliente y triste», el cariño y solicitud que el oficial, Felipe López, le dispensara desde que recaló en la imprenta, junto a la novedad y belleza de sus palabras, produjeron honda huella en su ánimo. Y esto hasta tal punto que reiteradas veces hasta su muerte, afirmará sin recato que se produjo un cambio radical en su existencia, encauzándola desde entonces hacia el socialismo.

¿En qué estriba la magnitud del cambio? Para mejor calibrarla el mismo Morato nos informa de los avatares vividos por el aprendiz hasta entonces.

Su nacimiento en una familia no muy atípica de las capas populares en que se une el trabajo de zapatero del padre a la labor de lavandera a jornal de su cónyuge, compaginado con el cuidado de la portería del inmueble donde habitan.

Situación sin duda no muy boyante y dependiente, desde luego, de los albueros de demanda y encargos. Pero esto no fue óbice para que se pensara en asegurar el porvenir del primogénito. Así veremos a Morato entrar a sus cinco años en una escuela de pago, aunque esta primera experiencia iba a durar poco. El *negocio* paterno no

debía producir grandes ingresos y hubo que enviar al chico a la Escuela Pía de San Antón, donde los Escolapios impartían enseñanza gratuita. Allí permanecería tres años hasta que, por miedo a los *azotes*, se cambió de *motu proprio*, a una escuela protestante, también gratuita y en la que no se pegaba. Enterados sus padres aceptarían los hechos consumados, como lo harían con el segundo cambio a otra escuela, también protestante, que por el mismo procedimiento el rapaz realizaría en breve.

Son hechos que, narrados con cierto pormenor por Morato, nos muestran algunos rasgos de su carácter, además de ilustrarnos sobre la mentalidad de sus padres y aclararnos algunas peculiaridades de las escuelas de la época.

Morato se *asentaría* en su segunda escuela protestante hasta los doce años. Planteó entonces la necesidad de iniciar el aprendizaje de un oficio, dado que afrontar «una carrera» era a todas luces imposible. La madre que no sabía leer ni escribir convencería a su primogénito —por la expectativa de buenos jornales— hacia el camino de la imprenta.

Era el inicio de un aprendizaje que suponía en general rodar o deambular por distintos talleres. Y Morato no sería una excepción. Ocho meses en la primera imprenta de la calle Campomanes, donde media docena de chicos evolucionaban a su albur sin nadie que se preocupase de enseñarles el oficio. En diciembre se pasaba a una imprenta vecina la de don E. Vicente, junto a los jardines de la cuesta de Santo Domingo. En ella tendría mejor trato, incluso cariño por parte de propietario y regente, retribución *espléndida*... Y fue allí también donde oyó por primera vez hablar del *Arte de Imprimir*, el sindicato del oficio que intentaba aprender. Leídos sus reglamentos y tras diversas consultas, acabaría afiliándose en diciembre de 1877, de la mano del regente del taller que no era otro que José Bermejo, benemérito militante a la sazón del *Arte* y después también del P.S.O.E. hasta su muerte.

Aunque en su mentalidad, aún casi infantil, se mezclasen las imágenes de una asociación conspirativa y clandestina con la realidad del sindicato reivindicativo. Aunque dada su edad, las austeras juntas que presenció no le atrajesen lo más mínimo... En todo caso, el pequeño aprendiz había entrado en contacto con la estructura militante del oficio. Poco tiempo iba a pasar para que tal contacto se trocase en colaboración estable y efectiva.

Dos años duraría Morato en la imprenta de Vicente. Fuese porque pese a las buenas condiciones que disfrutaba «ni adelantaba un paso en el oficio, ni nadie me daba la razón de las operaciones que realizaba», fuese por espíritu aventurero (que ambas razones alegrará él mismo en distintos escritos), el caso es que rodaría aún por otros establecimientos, llegando en diciembre de 1878 al taller de la Empresa del *Tranvía de Estaciones y Mercados* donde aún le encontramos en mayo de 1879.

Hemos resumido hasta aquí, a grandes rasgos, las vicisitudes del Morato niño hasta su *encuentro* a los quince años con Felipe López y el socialismo. A ello convendría añadir el *bagaje cultural* que hasta entonces había acumulado. En primer lugar su educación escolar. Al abandonar el colegio a los doce años, él mismo nos indica que había aprendido mucho de todo, salvo aritmética y caligrafía. A los saberes aprendidos se unía una amalgama de lecturas sin guía ni concierto. De *verdadero caos* las tildaría el propio Morato.

Enseñanza, lecturas, vivencias en la escuela, configuraban un Morato marcado ya

por algunas improntas. Por ejemplo, en lo religioso: «Por la facilidad con que me trasladé de la Escuela Pía a una de protestantes se habrá colegido que no estaba muy arraigada en mi espíritu la fe católica, y como este traslado no le derogaron mis padres (...), el discreto lector encontrará que en mi familia la libertad religiosa era amplísima».

También en lo político la influencia del padre (federal de acción e «ideal vago a incoherente») operará sobre el hijo. Respecto a lo social según propia confesión, sus ideas eran aún más vagas «pensaba que las cosas no estaban bien arregladas». Pensamiento reforzado por su propia experiencia escolar en que los premios en las Escuelas Pías eran diferentes según la condición social del alumno; en su frustración por no poder seguir «una carrera» por motivos económicos; en la incapacidad de comprar libros que le atraían, mientras otros más pudientes tenían los que deseaban.

Improntas nada definitivas, por supuesto; así, no tendrá reparo en contarnos que a sus once años claudicó de su ideal republicano aceptando el ir por los cafés vendiendo a comisión retratos del recién proclamado Alfonso XII...

Tampoco en lo social su consideración de un mundo no bien arreglado parecía pasar de los ideales vagos de injusticia ya descritos. Es, sin embargo, en este último terreno en el que *su propia práctica como trabajador* iría perfilando sus convicciones. De seguir dando crédito a sus recuerdos, en sus tres primeros años de aprendizaje muchas de sus ideas hubieron de derrumbársele. La cruda realidad del trabajo le haría constatar que «el taller patriarcal, que venía a ser como una prolongación de la familia y el trabajo placentero y la retribución suficiente para cubrir con decoro las modestas necesidades del menesteral, eran una isigne mentira. En cambio, la noción de que se nos explotaba, de que no erámos sino elementos de trabajo y no seres racionales dotados de nobles afectos, entraba viva en todos, se mascaba casi».

Prácticas, constataciones, pensamientos que harán que en los albores de 1879: «Las ideas del rapaz de doce años, sin dejar de ser oscuras, caóticas, incorrectas, se han afirmado con la vida del taller y con el conocimiento, pase el pleonismo, de la miseria, de la escasez y de la desconsideración».

Este era el aprendiz que el 3 de mayo iba a presenciar la polémica a que nos referíamos al principio.

«Aquella tarde —escribirá Morato— atraído por tan bellas ideas, acompañé al oficial hasta su casa, y por el camino amplió lo dicho por la mañana y contestó a algunas preguntas mías (...). «¿Fue que comprendí aquellas ideas tan nuevas para mí, y tan bellas? ¿Fue que cayeron en mi alma de pobre aprendiz dolorido y triste como lluvia bienhechora? ¿Fue que en mí influyó el cariño de aquel hombre bueno, su solicitud para con el pobre muchacho? Quizá estos tres elementos produjeron en mi ánimo honda revolución. Ello es que seguí acompañando al oficial, que seguí preguntándole, haciéndole reír mi torpeza o mi candor».

Así Felipe López, el oficial de nuestra historia, a quien Morato no dudará en llamar su «segundo padre» se transformaba en su «primero y único maestro». El «me dio la razón de las operaciones tipográficas que yo realizaba de un modo incosciente y me enseñó los fundamentos de otras que ignoraba, con lo que recobré amor a la imprenta. Asimismo y sin darla de dómine y con un buen sentido que hoy admiro, puso orden a mis salvajes y revueltas lecturas». Orden y también *sentido* pues «bien

pronto lei libros y folletos» sobre socialismo y «poco más tarde quise adquirir y adquirir rudimentarias lecciones de francés que me permitiesen leer más» (4).

Pero aún había de hacer otra cosa. De la mano de López, Morato retornará al *Arte* del que fuera baja por dejadez en el pago de las cuotas. Tres años después, ingresaba también en el P.S.O.E. En pocas palabras, la relación con López hará escribir a Morato: «Y ello es que desde entonces soy socialista y que mi gratitud a aquél buen oficial que la suerte puso en mi camino es inextinguible», porque «me dio el regalo magnífico de un ideal con que llenar mi vida...». Y en verdad que la llenaría como corrobora la posterior trayectoria de Morato a la que hacíamos referencia al inicio de estas notas.



De cómo un aprendiz de tipógrafo se hizo socialista

por Juan José Morato

I. Mi infancia

(...)

Nací en la Ribera de Curtidores y desde los siete u ocho meses hasta los once años viví en la calle de la Montera esquina á la Puerta del Sol. A los cinco años me enviaron á la escuela, una escuela de pago, que costaba 30 reales al mes y que radicaba en la calle Isabel la Católica. En quince días destrocé sobre diecinueve cartillas, pero a los quince días pasé a Catón, es decir, que sabía leer relativamente bien las muestras de las tiendas. Los primeros días me acompañaba mi madre ó mi padre á la escuela; luego un perrazo negro llamado Moro, que me profesaba fraternal cariño.

Sin duda el negocio de construcción, arreglo y limpieza de botas y zapatos á que se dedicaba mi padre, con tienda abierta en un portal, no se daba bien, porque de pronto me encontré trasladado á la Escuela Pía de San Antón donde permanecí tres años y donde gané premios, unas estampitas impresas en purpurina, salvo en aritmética y en escritura. ¡Quien había de decir que algún día iba á darme por la estadística, y que tendría que ganar los garbanzos escribiendo precisamente!

En estas andanzas ocurrió que los protestantes establecieron colegios en Madrid y que bastantes compañeros de Escuela Pía se trasladaron á ellos, y como allí «no pegaban» ó pegaban poco, (en aquellos tiempos ciertos padres escolapios eran unas

fieras para lo de «la letra con sangre entra») una mañana que presentía una ración de «palmetas» ó de azotes en vez de enderezar mis pasos hacia San Antón, sin más me encaminé á la calle de Leganitos, y con formalidades bien austeras quedé admitido en la escuela herética llevando aquella tarde á un hermano mío.

A los pocos días se enteraron mis padres, aceptando ambos los hechos consumados.

También había alguna competencia entre los colegios protestantes, y por el mismo espeditivo procedimiento otra mañana di con mis huesos en la escuela de la calle de la Madera, donde hoy están las oficinas de *El País*.

Ignoro por qué, el simpático y joven profesor me cobró afecto: ¡en aritmética y en escritura seguía siendo un perfecto animalito!

Y ocurrió que murió mi padre, y mi santa madre, pobre lavandera, hubo de entrar á servir á unos señores franceses que vivían en la Quinta de Goya, donde fuimos los tres hermanos.

Desde allí, y provistos de la comida cada día subíamos á la escuela, y el maestro me llevaba á su casa para pasar en ella las dos ó tres horas que mediaban de clase á clase.

Y llegué á los doce años, dicen que sabiendo mucho de todo, salvo aritmética y escritura, por lo cual había llegado el momento de aprender un oficio. Yo pensé en el de hortelano, pero cuando mi madre apuntó la idea de hacerme cajista de imprenta, «oficio de señoritos en que se ganan buenos jornales», acepté y una mañana de Abril entré en la imprenta.

Leía bien, sabía de memoria la gramática, en el mapa señalaba ríos, mares, naciones, capitales de reinos, no andaba mal de otras nociones, y me gustaba la lectura, y también y extraordinariamente, el marro, la toña, el peón, la pelota y otros deportes.

(Conviene un paréntesis, tanto para que se conozca el alcance positivo de mi instrucción en aquellos días, cuanto para que se aprecie el valor real de la enseñanza que entonces se usaba—ahora parece que no es mejor.—Al salir de la escuela, en gramática, por ejemplo, yo sabía que el nominativo era el sujeto ó agente del verbo, y si me hubieran dicho que señalara el agente de «los albañiles están en huelga», es seguro que no habría sabido contestar. Del mismo modo si enseñándome un calamar me hubieran preguntado «¿qué es esto?» habría contestado: «un pez» fundándome para ello en que el calamar se criaba en el agua, y sin embargo yo sabía que existía un tipo de animales que se llamaban moluscos, y que éstos se dividían en cefalópodos, cefalidios y acéfalos, y que los primeros tenían la cabeza rodeada de tentáculos...)

Por entonces había leído mucho, cuanto cayera en mis manos: Historias de cuerca, que compraba en el callejón de San Alberto. *Las mil y una noches*, el *Quijote* y las *Novelas ejemplares*, las *Germanías de Valencia*, novelas de Pérez Escrich y de Ortega y Frias, obras de Quevedo, discursos de Castelar, novelas de Verne, *Los viajes de Gulliver*, un rimeró de folletines de *La Correspondencia* y *El Conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*. ¡Un verdadero caos!

Y aquí tenemos á un «hombre» de doce años empezando á trabajar, un hombre ya con ideas políticas, religiosas y sociales.

II. Las ideas religiosas, políticas y sociales de un individuo de doce años

Por la facilidad con que me trasladé de la Escuela Pía á una de protestantes, se habrá colegido que no estaba muy arraigada en mi espíritu la fe católica, y como este traslado no le derogaron mis padres, y sólo me valió un enérgico «¿quién eres tú, mocoso, para, sin más ni más...?», el discreto lector encontrará que en mi familia la libertad religiosa era amplísima.

Presumo que mi pobre madre, teniendo que bajar al río, que atender la casa y la portería y cuidar de los arropiezos, dispondría de muy poco tiempo que emplear en el complicado negocio de la salvación eterna, y cuanto á mi padre, sépase que era federal, de aquellos obreros madrileños que anduvieron en trifulcas para que prevaleciese el ideal vago e incoherente que sentían. Unos ignorantes e incoscientes, que diría cualquier intelectual de riñón bien cubierto, que se jugaban la vida por la libertad de imprenta—por ejemplo—y acaso no sabían leer.

Cuando mi padre «tenía prisas», contrataba como ayudante á un condiscípulo suyo medio ciego—veterano condecorado de la guerra de Africa—que ganaba su vida limpiando botas en la Puerta del Sol ante el viejo café Imperial. era este ayudante hombre descreído—tanto, que acabó eliminándose de la vida «con el frívolo pretexto» de que eran muchos los días que pasaba sin comer—y no carecía de cultura, sin duda porque fué encuadernador hasta que una enfermedad y los médicos le dejaron inútil ó poco menos.

La idea de la república federal no le entusiasmaba, y más de una vez le oí decir: «Aquí no ha habido más que un hombre de verdad, Sixto Cámara. Ese iba derecho, porque mientras haya pobres muy pobres y ricos muy ricos, esto andará mal». En materias religiosas opinaba que «la gloria y el infierno están en este bajo mundo, con la diferencia de que siendo la gloria para el que tiene y el infierno para el que no tiene, resulta generalmente la primera recompensa del malo y el segundo castigo del bueno».

Resultado: que á los doce años yo era republicano, que en materias religiosas opinaba como el ayudante de mi padre—y de nuestra pitanza también—y que en asuntos sociales pensaba, desde luego, que las cosas no estaban bien arregladas.

En este último punto mi opinión era también producto de la observación personal.

Como ya he dicho, en la Escuela Pía gané premios, más no recuerdo en qué clase ví que tres ó cuatro chicos de regular indumentaria y menos aplicados que yo—¡perdón por la inmodestia!—además del papel impreso en purpurina les regalaba «el padre» un bello libro de cuentos con estampas en colores, y aunque apreté de firme por el incentivo de llevarme uno de los libros que el sacerdote guardaba en la alacena, tuve siempre que contentarme con un minúsculo diploma.

Además yo hubiese querido estudiar, «aprender una carrera», y esto no era posible, porque tales lujos ni eran ni son para los pobres.

Del mismo modo me parecía muy mal que sólo el que tuviese dinero pudiera disfrutar de los libros que yo veía en los escaparates.

Y, sobre todo, al poco tiempo de ir á la imprenta yo no acertaba á explicarme satisfactoriamente por qué otros chicos como yo dormían á la hora de ir al trabajo, y jugaban en tanto yo estaba encerrado. (Para vergüenza mía y honor de la verdad, he de añadir que esta parte del juego procuraba remediarla «eternizándome» en los recados, y algunas veces faltando medio día y aun todo el día).

Era republicano, como digo, y, sin embargo, al cumplir los once años claudiqué, siendo lo peor que claudiqué sin provecho, aunque con remordimiento.

En los primeros días de Enero de 1875 murió mi padre, esto es, á poco de proclamado Alfonso XII rey de España. En la casa había y hay un fotógrafo, que inmediatamente reprodujo retratos del nuevo soberano, barbilampiño aún y vestido de capitán general. Este fotógrafo me propuso que vendiese los retratos por los cafés de la Puerta del Sol, á razón de tres reales uno, quedándome con la tercera parte del importe total de la venta.

Confusamente sentí que aquello no cuadraba con «mis firmes convicciones republicanas»; pero como en casa no lo pasábamos nada bien, á pesar del auxilio generoso de los vecinos y de la familia, y como yo llevaba mucho tiempo sin poder comprar en el callejón de San Alberto ni una mala historia de dos pliegos —cuatro cuartos— acepté el negocio, y una noche salí á recorrer los cafés provisto de dos ó tres docenas de fotografías.

Mesa por mesa corrí los cuatro ó cinco de la Puerta del Sol, y, ó porque no nací para el comercio, ó porque los parroquianos no eran monárquicos fervorosos, volví á casa con una regular cantidad de terrones de azúcar y las fotografías intactas. ¡Ni una vendí, y aunque quizá debiera callarlo, para realzar el rigor de mis convicciones, añadiré que volví triste!

Triste y también angustiado, porque de uno de los cafés me expulsaron, deprimiendo mi candor con soeces injurias. Sin duda creyeron que yo era un raterillo...

III. El aprendizaje

Era una tibia mañana de Abril cuando por vez primera me encerré entre cajas rebosantes de aquellos signos que, combinados de mil modos, lo mismo sirven á la verdad que al error, aunque siempre y en último término prevalezca el hermoso *fiat lux*.

Alegre crucé la puente Segoviana, la Tela, el Campo del Moro cubierto de verdura, llenos de botones los árboles, alegre trepé la Cuesta de la Vega, alegre entré en aquella imprenta de la calle de Campomanes, que bien pronto iba á ser ahogo de mi espíritu, tortura de mi cuerpo.

Con dolor había dejado la escuela—¡cuántos días volví ella como colegial honorario «engalanado» de la tiznada blusa!—mas la esperanza de una nueva vida, el afán de aprender un bello oficio, habían borrado más que atenuado la melancólica y noble despedida, sellada con un beso fraternal á los compañeros y un abrazo del maestro.

Llegué á la imprenta, y el encargado de los chicos—éramos cinco ó seis—me puso ante una caja y me dijo:

—Aprende. Mira qué letra hay en cada uno de estos cajoncitos, y cuando sepas bien dónde está cada una, me avisas. ¡Ah! Ten mucho cuidado de dejar cada letra en el mismo cajetín de donde la hayas tomado.

Y señalando la caja y el mueble en que estaba sostenida, añadió en tono doctoral:

—Has de saber, para tu gobierno, que esto se llama caja y esto chibalet.

Y sin más explicaciones se largó el antipático pedagogo, dejándome encaramado en un cajón que supiera lo corto de mi estatura.

Al medio día conocía ya bien el cajetín de cada letra ó signo, y no me explicaba lo que significaban ciertas piezas que nada tenían grabado.

Avisé al cómitre de los chicos; no me atendió, ordenándome que siguiera aprendiendo. Sonó la una, se suspendió el trabajo para comer, y entonces fraternicé con mis colegas. Vieron éstos que, en efecto, ya conocía la caja, y ellos resolvieron ciertas dudas que yo tenía, tales como el por qué las letras tenían una hendidura y el oficio de las piecitas sin grabar.

Y nueva visita al encargado, al odioso señor, y nueva orden agría de seguir aprendiendo. ¡Bárbaro! Sin la novedad de aquel mundo, sin el voltear de las máquinas arrojando papel impreso, aquella tarde hubiera sido para mí la primera de tedio mortal.

Por fin al otro día, y cuando ya tenía resuelto no importunar más al «maestro» para no sufrir otra repulsa, dignóse el hombre averiguar si en efecto conocía ó no la caja, y entonces me mandó que compusiera suertes; esto es, que fuese colocando en el componedor todas las letras de un cajetín, hasta formar renglones, y esto con toda la caja. En esta ingrata y embrutecedora ocupación y en otras análogas—componer pastel, para los profesionales—me tuvo aquel mal hombre seis ó siete meses, meses de aburrimiento, de desesperación, de horror. Al poco tiempo odiaba el oficio.

Un día el cómitre se acordó de mí para algo más que para hacer recados, elevándome á operaciones superiores—distribuir y componer—y ya me asignaron jornal. Cuantos escriben recordarán la pueril alegría con que vieron impreso su primer trabajo; con igual vanidad llevé á casa para orgullo de mi madre una prueba de la primera galerada por mí compuesta.

A los ocho meses me daban dos reales por jornada, pero con la obligación de componer al menos cien líneas por día. Es decir, cobraba á la semana 13 reales—se trabajaba medio día los domingos—y tenía que hacer una cantidad de trabajo por la que un oficial cobraba 51 reales. En la escuela fué la aritmética uno de mis tormentos; en la imprenta comencé á comprender su utilidad. Me pareció entonces que aquello no estaba bien.

El hombre con que tropecé el primer día de aprendizaje pudo hacer de mí un operario hábil, puesto que me gustaba el oficio, ponía atención y quería aprender; cuando cansado, aburrido, fastidiado, torturado, dejé aquella imprenta, casi había desaparecido mi amor al oficio.

Por el mismo expeditivo procedimiento que empleara para abandonar la Escuela Pía, dejé aquella imprenta, y aunque dí en otra donde me trataron bien, donde, con relación á lo que trabajaba, me retribuían espléndidamente, donde el dueño y el gerente llegaron á cobrarme tal cariño, que yo hacía lo que quería, ni adelantaba un paso en el oficio, ni nadie me daba la razón de las operaciones que realizaba.

Mudé de imprenta una y dos y tres veces; empeoré, porque de nuevo volvieron á exigirme cierta cantidad de trabajo en cambio de 2, 3 ó 4 reales. Distribuir y componer, y componer durante semanas y meses sentencias del Supremo, discursos parlamentarios, legislación, medicina, mineralogía... y siempre lo mismo durante diez incansables horas.

Por fin di con una minúscula imprenta, y allí tropecé con un hombre de corazón, con un maestro bueno y cariñoso.

IV. El medio ambiente

Pensaba yo al entrar en la imprenta que el trabajo era bien apetecible por sí mismo, y que sólo al haragán y al malo no les iba bien en este mundo, aun contando con que las cosas andan medianamente arregladas. Un obrero hábil, activo y virtuoso debía ser completamente feliz puesto que además de no padecer necesidades sino en casos desgraciados, gozaba cada día el encanto de trabajar, de crear cosas buenas y bellas. Es seguro que tan absurdo concepto entró en mi infantil cerebro empujado por libros escolares ñoños, cursis, mentirosos y ramplones, y también por la lectura de ciertas novelas y la audición de melodramas.

¡Ay! Aún no llevaba dos horas aprendiendo la caja, cuando se me acercó un oficial ya maduro.

—¿Empiezas hoy el oficio, pequeño?—preguntó.

—Sí, señor—respondí.

—Pues más valiera que tus padres te dedicaran á ladrón—añadió el hombre.

Creí que bromeaba, y le repliqué:

—Pues si este es un oficio muy bonito, y además se ganan buenos jornales.

—¿Conque bonito? ¿Y se ganan buenos jornales? Lo de bonito me lo dirás dentro de unas semanas, y lo de ganar dinero..., quizá tengamos ocasión de hablar tú y yo de ello dentro de algunos años.

Y sin añadir palabra se largó.

En verdad no era aquello lo que había imaginado, y bien pronto tuve la sensación de estar solo, abandonado é inerte en un medio hostil y torvo. Allí no había la alegría ni la satisfacción que yo supusiera; los hombres trabajaban como si la faena fuese ingrata y penosa; los chicos, aburridos, no perdíamos ocasión de charlar ni de jugar á hurtadillas.

Pensaba que el amo y el encargado eran como maestros buenos y afectuosos y á poco oí hablar pestes del «Perro», y el «Perro» era el regente, y mis colegas—y yo al poco tiempo—no respetaban ni querían á nuestro jefe, sino que le temíamos y odiábamos, y cuando alguno de los dueños—había dos ó tres—aparecía en el salón, en vez de un movimiento de simpatía se le miraba con recelo, y después que pasaba los obreros cuchicheaban.

Y alguna vez, cuando los aprendices componíamos afanados bajo la mirada del cómitre, al pasar, un oficial nos decía áspero:

—¡Duro muchachos! ¡Así podrá comprarse otra sortija D. Dimas!

¡Buenos jornales! Ni la indumentaria del personal, ni las pitanzas que yo veía certificaban la exactitud de tal prejuicio.

En suma, el taller patriarcal, que venía á ser como una prolongación de la familia y el trabajo placentero y la retribución suficiente para cubrir con decoro las modestas necesidades del menestral, eran una insigne mentira. En cambio la noción de que se nos explotaba, de que no éramos sino elementos de trabajo y no seres racionales dotados de nobles afectos entraba viva en todos, se mascaba casi.

Había yo pensado que el premio de la habilidad, la laboriosidad y la economía, era la posesión de una imprenta; á los dos días supe que el D. *Dimas* había sido un mal operario, más amigo de la baraja y la botella que de los libros, y, sin embargo, mientras buenos obreros que no visitaban sino rara vez la taberna iban con las botas destrozadas, raído el sombrero y el traje, el malo era el amo.

Ciertamente, ni eran ni son como ésta todas las empresas, talleres ó fabricas, pero en la piña de aprendices que á la hora de comer ó de salir del trabajo nos reuníamos en la plaza de Isabel II ó en la de Oriente, cuando la charla versaba sobre la imprenta respectiva, rara vez se hablaba en son de elogio de regentes y dueños, muchas en cambio para execrarlos por su codicia y malos tratos.

Aun sin estos motivos de disgusto, permanecer diez horas en pie—un aprendiz no debe sentarse—realizar faenas semidomésticas, no charlar, ni bromear, ni jugar, y por añadidura estar ocupado siempre en faenas uniformes y tediosas y ser tratado con desconsideración, recibiendo regaños y malas contestaciones y ni por casualidad elogios ni palabras de afecto, no son elementos que predispongan á la íntima satisfacción, y así, por escaso que sea el caletre de un pobre muchacho, viendo su estado y lo que le espera en el espejo de los ancianos, ha de estimar que no es aquello lo que leyó en el *Juanito* ó en los candorosos novelones donde la laboriosidad y la virtud logran el premio tan indefectiblemente como cae el castigo sobre la holganza y el vicio.

Además, si el eco de las iniquidades sociales llega á todas partes, con más velocidad á la imprenta, de tal suerte, que se necesita ser idiota para encontrar tolerable lo actual...

Estamos en los comienzos de 1879. las ideas del rapaz de doce años, sin dejar de ser obscuras, caóticas, inconcretas, se han afirmado con la vida del taller y con el conocimiento consciente, pase el pleonismo, de la miseria, de la escasez y de la desconsideración.

El rapaz no tropezó en la imprenta con ningún operario sinceramente católico, religioso, ni tampoco con ninguno que se declarara partidario de la institución monárquica. Asimismo el muchacho había seguido leyendo, ahora á Julio Verne, *Los Girondinos*, los excelentes tomitos de la Biblioteca Universal y libros de alguna substancia y belleza, sin que ello suponga—¡qué disparate!—que el mozo fuese capaz de extraer la una y percibir la otra.

V. La buena nueva

Salvo en una imprenta, en cuantas había corrido, la antipatía hacia el dueño y el encargado eran generales, rayando en odio en algunas, y en todas se hablaba de explotación, de miseria; pero todo de un modo confuso y no razonado.

En aquel minúsculo taller que la empresa del tranvía de Estaciones y Mercados estableciera para su servicio éramos tres operarios: el encargado, un oficial y este servidor de ustedes, que ya ganaba una peseta.

El encargado, hombre redicho y entonado, había sido republicano de aquellos para quien Estébanez colocó el famoso cartel, y aunque seguía llamándose, barrunto que no tenía razón para ello porque la influencia que alcanzara siendo el 73 secretario de una tenencia de alcaldía, la ponía en tiempo de elecciones al servicio de los restauradores, si no me engaña la memoria, y tenían malicia ciertos mandados que yo realizaba muy á disgusto, porque en aquella imprenta no me agradaba estar en la calle.

El oficial había sido internacional pasivo, era bueno como el pan y poseía regular cultura. Hablaba poco y casi siempre en broma, y cuidado si el hombre tenía motivos para estar de mal humor, porque enfermo de la vista, tras de larguísima parada, la necesidad, el hambre le volvió al trabajo sin curar ni mucho menos.

Fué este hombre el primero y casi el único maestro mío. Cobróme afecto, al que correspondí, y él me dió la razón de las operaciones tipográficas que yo realizaba de un modo inconsciente y me enseñó los fundamentos de otras que ignoraba, con lo que recobré amor á la imprenta. Asimismo y sin darla de dómine y con un buen sentido que hoy admiro, puso orden y coto en mis salvajes y revueltas lecturas.

Taciturno el encargado, en la imprenta casi no se hablaba sino á la hora de comer. Entonces los hombres cambian algunas palabras, siempre sobre temas insignificantes y rara vez sobre política.

Pero un día de Mayo hubo discusión. Tan viva, que se retrasó buen rato la hora de reanudar el trabajo.

La noche antes habíase constituido secretamente el partido socialista obrero, y al dar la noticia del suceso poniendo en ella algún entusiasmo, el oficial oyó palabras de burla del encargado.

Calificaba éste de disparate lo que aquél dijera, y á las ideas y anhelos por él expresados, contraponía la necesidad de un gobierno duro con los revoltosos. Aún la República le parecía utópica, y sólo accesible después de muchos años de orden, de una temporada de pan y palo.

A estas generalidades contestó el oficial oponiendo una crítica del régimen económico, bastante clara y aguda. No ya la República, toda libertad pareciale bien apetecible, digno de toda clase de esfuerzos para su conquista, pero esto no tocaba la esencia de la desigualdad social, puramente artificial, puesto que no son los mejores los que están bien, ni los peores los que están mal. El oficial preconizaba una subversión económica para que, no siendo propiedad exclusiva de unos pocos los medios de producir y de cambiar, el trabajo no fuese defraudado de una parte de su actividad que pasaba á enriquecer al rico.

Una sociedad en que la propiedad no fuese el privilegio, donde, todos no fué-

mos iguales en el punto de partida, para ser distintos en el de llegada, para vivir sin ahogos, para desarrollar todas nuestras facultades, para ser libres por no depender económicamente de nadie; una sociedad de hermanos, no de fieras, en que no hubiera hambre, donde no se hiciera trabajar á los niños cuando debían estar estudiando y jugando, ni á los viejos cuando debían estar descansando, ni á los enfermos, ni á las mujeres.

A estas consideraciones contestaba el encargado con risas y burlas, y la discusión concluyó con un definitivo.

—Desengañese usted; siempre hubo y siempre habrá pobres y ricos.

Aquella tarde, atraído por tan bellas ideas, acompañé al oficial hasta su casa, y por el camino amplió lo dicho por la mañana, y contestó á algunas preguntas mías, bastante necias, dicho sea en justicia.

¿Fué que comprendí aquellas ideas tan nuevas para mí, y tan bellas? ¿Fué que cayeron en mi alma de pobre aprendiz dolorido y triste como lluvia bienhechora? ¿Fué que en mí influyó el cariño de aquel hombre bueno, su solicitud para con el pobre muchacho?

Quizá estos tres elementos produjeron en mí ánimo honda revolución. Ello es que seguí acompañando al oficial, que seguí preguntándole, haciéndole reir mi torpeza ó mi candor. Ello es que bien pronto leí libros y folletos y hojas sueltas, y que poco más tarde quise adquirir y adquirir rudimentarias nociones de francés que me permitiesen leer más.

Y ello es que desde entonces soy socialista y que mi gratitud á aquel buen oficial que la suerte puso en mi camino es inextinguible.

y VI. Vida con ideales

No es imposible que alguno de los buenos y pacienzudos lectores que hayan seguido esta sincera, vulgarísima de insignificante historia, pregunte: «¿Qué lograste?» Y por que estos articulejos aparecen en EL MOTÍN escribo «no es imposible», que en otro periódico diría: «es seguro».

¿Qué logré? Pues iluminar mi vida por el Ideal, considerarme desde los quince años como un obrero más de los infinitos que cada día labran lo porvenir, llenar mi existencia de un deber grato, tener un objetivo para mi actividad, sufrir amarguras y tristezas, sentir odios, gozar dichas inefables, insuperables.

Estoy cierto de que yo no me habría resignado á ser un oficial de cajista toda mi vida; estoy convencido de que habría pugnado por llegar á ser regente ó dueño de imprenta y tengo la presunción de que habría logrado mi anhelo. Es decir, que hoy, maduro ya, en las lindes de la vejez, probablemente me vería libre de los cuidados materiales que me agobian y que me agobiarán hasta el fin de mis días.

Pero mi vida pasada llena de bellos recuerdos; mi vida actual llena de anhelos y actividades gratas; y mi vida futura llena de propósitos cuya realización íntegra no veré por suerte, bien vale no ya la tranquilidad material, sino hasta la opulencia.

Niño y mozo quise instruirme ya con un objeto deliberado; joven anduve en la

acción y en la lucha por algo grande y generoso que no había de alcanzar; hombre con la cabeza nevada y la faz rugosa pelea cada día con mi pluma tosca é inhabil, y siempre sin aguardar soldada, siempre con la noble ilusión, la santa alegría, el bello placer de realizar una partícula de bien, de ser uno más de esta falange gloriosa é infinita.

¡Luchar, pelear, caer, levantarse, vencer! ¡Oh! Acaudalado dueño de imprenta, ahito de goces materiales, mi vida estaría vacía. No comprendería como comprendo hoy el bello simbolismo de aquella mitología escandinava cuyos dioses gozan la vida eterna peleando siempre.

Sufrir burlas, frialdades, indiferencias y hasta injusticias é ingraticudes, es vivir; poner toda el alma en comprender la verdad, en adquirirla, es vivir; afanarse por extender y propagar la partícula modesta de verdad que se adquirió, es vivir; ver roto el hielo, fuertes las legiones, en marcha las multitudes, es vivir.

Y vivir es ver todos los días con los ojos del deseo y de una fe tranquila y razonada, un mundo poblado de seres fraternales, candorosos como niños ó como sabios, que desterraron el mal y el dolor artificiales de este paraíso.

Vivir es, que mañana, cuando hayamos vuelto á la nada, quizá alguien recuerde nuestro nombre y piense de nosotros que, aún en nuestras flaquezas y miserias, hombre al cabo, hicimos algo por el adelantamiento de esta pobre humanidad; que aun insignificante nuestra obra, no merece desprecio.

Y si hoy hubiere de elegir camino para la vida, no vacilaría un segundo: seguiría donde estoy.

Notas

(1) Entre los libros más significativos de Morato figuran: *Notas para la historia de los modos de producción en España*. Madrid, Biblioteca Socialista, 1897, 184 p.; *Guía práctica del compositor tipográfico*. Madrid, 1900, 396 p. (diversas reediciones hasta los años cincuenta); *El partido socialista obrero*, Madrid, 1918 (reedición en 1976); *Jaime Vera y el socialismo*, Madrid, 1918, 64 p.; *La cuna de un gigante. Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir* (madrileño), Madrid, 1925, 624 p. (reedición facsimil, Ministerio de Trabajo, 1984); *Historia de la Sección Española de la Internacional* (1868-1874), Madrid, (1919), 238 p.; *Pablo Iglesias Posse. Educador de muchedumbres*, Madrid, Calpe, 1931, 256 p. (ediciones, Barcelona 1968 y ss.); *Líderes del movimiento obrero español 1868-1921*, Madrid, Edicusa, 1972, 398 p. (compilación de V. M. Arbeloa).

(2) S. Castillo: *Estudio preliminar* (P. XI-XXXI) a Juan José Morato: *La cuna de un gigante...* opus cit., reedición de 1984.

(3) La serie apareció en 1912 en el semanario madrileño *El Motín*, de José Nackens, con quien Morato había coincidido en la cárcel en 1908, trabándose una estrecha amistad desde entonces entre ambos. Los seis artículos se reproducen íntegros en apéndice salvo un pequeño prólogo circunstancial de Morato.

(4) Recuérdese la básica dependencia de los textos franceses en el primer socialismo español. También la labor de traductor de este idioma que Morato realiza en el partido ya desde 1882 para *El Obrero* de Barcelona. Cifr. S. Castillo: *La influencia de la prensa obrera francesa en El Socialista*, en *Revista de Trabajo*, Madrid, núm. 56, 1976, pp. 85-136; y *La labor editorial del P.S.O.E. en el siglo XIX*, en *Estudios de Historia Social*, núm. 8-9, 1979, pp. 181-195.

